

SELECCIÓN
DE IMÁGENES
DEL SIGLO XX

regresaría —de manera ocasional primero, luego definitivamente— a España. Su adquisición, en 1961, del piso de la calle Marqués de Cubas donde hubiese de sacar, 17 años más tarde, la instantánea que sirve de pretexto para la presente semblanza corrobora, a juicio mío, el firme compromiso de Ayala para con «la —según él— ingrata patria». Fue la suya una trayectoria vital larga y ejemplar, de un simbólico blanco y negro, primero, luego, ¡a todo color!

2. La del algecireño José Luis Cano, perfilado por Ayala en sus *Recuerdos y olvidos (1906-2006)* como «un inocente» (solo en parte por haber nacido el día 28 de diciembre...), resultaría ser, en cambio, tanto literal como figurativamente —y pese al optimismo propio del personaje—, más bien gris, y desde luego llena de desengaños. Yo misma le tenía un cariño infinito. Modesto, generoso, afectuoso, y sumamente valiente, en su largo cometido como cofundador, luego director, de la revista *Ínsula* consiguió plasmar en acción su hondo compromiso con la libertad de expresión. Y *eso* —recuérdese—, desde el encierro del exilio interior. Tendría que esperar más de treinta años, pobre, dando la batalla entre el blanco del bien y el negro del mal, para gozar, por fin, de una democracia en colores.

3. A medio camino entre la trayectoria vital de los dos anteriores está la del poeta-profesor darocense Ildefonso-Manuel Gil, quien, como José Luis, estuvo encarcelado por los nacionalistas. Fue la suya una historia en blanco y negro que pasaría, con el tiempo, a un *tecnicolor* vital. Tras haber sobrevivido, a su vez, el encarcelamiento, fue recobrando su propia libertad personal, proceso que culminó a principios de los años sesenta en una importante relocalización profesional, propiciada por su amigo Ayala, a una cátedra en la Rutgers University de New Jersey, desde la que, poco después, se trasladaría al Brooklyn College de la City University of New York... donde, a continuación —y de pura casualidad!—, sería contratada la autora de estas líneas y, poco después, el propio Francisco Ayala... De vuelta, en 1983, a España, Gil sería nombrado director de la zaragozana Institución Fernando el Católico.

Fundido de cierre

Que en el presente número *primaveral* de la revista *Ínsula* vaya reproducida en colores esta vieja instantánea mía, descolorida por el paso de los años, me parece sumamente oportuno y digno de agradecimiento, ya que —tal como en su momento ocurriera en la película *El mago de Oz*— hace que cobre *vida* mi añorado trío de *poetas profesores*. C. R.—Escritora

Elide Pittarello / Esplugues de Llobregat, verano de 1986

Esplugues de Llobregat, verano de 1986, en casa de Manuel Lombardero, figura clave de la editorial Planeta. Con su hijo se ha sentado detrás de Juan Marsé. La hija de este, junto a Jaime Gil de Biedma. Con una copa en la mano Ángel González habla: desde 1975 enseña literatura en Albuquerque, EE. UU., y en su asiduo vaivén con España suele visitar al anfitrión. Son asturianos ambos, se conocen desde la adolescencia. Con un amago de sonrisa todo el mundo mira al poeta expatriado menos Joaquina Hoyas, la mujer de Marsé que tiene los ojos cerrados, la postura relajada, está descalza. Llevan rato allí reunidos: la mesita repleta de tabaco, ceniceros, vasos, botellas medio llenas, vaciada ya la cubitera. Aunque la *gauche divine* es un recuerdo de la juventud rompedora de los mayores, el humo y el alcohol siguen acompañando sus encuentros. Verse es un hábito antiguo, la *philia* recíproca aviva las afinidades —el gusto literario, la pasión civil, la insuñición aventurera— desde las diferencias. Entrevistado en 1983 por Maruja Torres, dijo Gil de Biedma que era tan amigo de Marsé «porque tenemos en común el que los dos pertenecemos a dos culturas muy distintas, pero las

dos a extinguir, y eso hace que nuestra relación con el mundo sea muy parecida. Él, con esa relación sentimental que tiene con la cultura de ateneo obrero de barrio..., y yo, ligado como estoy a la cultura liberal de principios de siglo». Con razón Carme Riera ha realzado el peso estético de la amistad en el grupo de Barcelona o promoción del 50, si bien los escritores aquí retratados (y otros que no están) tenían en menos esas etiquetas. Solo un lanzamiento publicitario, declaraba Gil de Biedma. Se leían mutuamente sus inéditos, hibridaban lecturas exquisitas y anécdotas cotidianas, compartían vivencias dignas de escribirse con ironía y hasta sarcasmo. Prohibido ser patéticos. Lo acataba con creces Marsé, cuya historia más desgarradora, *Si te dicen que caí* (1973), se basa en su propia niñez. Si revisó el texto en 1976, 1989 y 2010 no fue solo para emendar erratas. Mientras el pasado se agite el relato es provisional, a uno se le va la vida en los detalles. Esta foto abarca pues muchas memorias, las ortodoxas y las anacrónicas. Hay, por ejemplo, una huella predictiva en el poema «Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma», compuesto veinte años antes. En el apóstrofe que le dirige a su fantasma, el yo desdoblado evoca como una profecía de finitud una gran fiesta de 1965, en Nava de la Asunción: «regresan las imágenes felices / traídas por tu imagen de la muerte. / Agosto en el jardín, a pleno día». Los versos sucesivos añaden a esta foto el aura de un vaticinio singular: «Vasos de vino blanco / dejados en la hierba, cerca de la piscina, / calor bajo los árboles. Y voces / que gritan nombres. // Ángel, / Juan, María Rosa, Marcelino, Joaquina / —Joaquina de pechitos de manzana». Salvo María Rosa Campos y Marcelino Somoza, los jóvenes de entonces siguen juntos en esta toma de Charo Lombardero, han sumado éxitos y descensos. Ángel, tan dado al chiste paródico, en una de sus «Glosas a Heráclito» (1978) había sentenciado: «Nadie se mete dos veces en el mismo río». Así ahuyentaba la obsesión común, el paso del tiempo, si bien llegaría a octogenario como Juan, el único que no dejó de apostar por la imaginación que salva, novela tras novela. Es reciente su despedida. En esta foto solo a Jaime le ronda la muerte. En octubre de 1985, en un hospital de París anotaba en su diario: «Empiezo a hacerme ilusiones de salir adelante y estos dos últimos días me he sorprendido algunas veces pensando en el futuro». Ya no escribía versos, valoraba más la buena conversación. E. P.—Università Ca' Foscari, Venecia, Italia.

Ana Rodríguez Fisher / Homenaje a Miguel Delibes en
El Escorial, 1991. Con Rosa Chacel y Rafael Alberti

¿De qué hablarían Miguel Delibes, Rosa Chacel y Rafael Alberti para, en el instante que captó esta fotografía, mostrarse los tres tan implicados en la conversación? Parece incluso que tomasen la palabra simultáneamente, a

Ángel González,
Joaquina Marsé, Manuel
Lombardero y su hijo,
Juan Marsé, Berta Marsé
y Jaime Gil de Biedma.
1986. alb. 1171450.

juzgar por los gestos y el movimiento de las manos y las miradas, vueltas las de Delibes y Alberti hacia Rosa Chacel, que permanece erguida y firme, incólume. No es improbable que discrepen.

Las historias de la literatura apenas los relacionan entre sí, salvo en el caso de Alberti y Chacel, por motivos generacionales. Y, sin embargo, el poeta y la escritora estaban más próximos de lo que se nos cuenta, pues ambos compartían la pasión por la forma y una raíz clasicista o apolínea, bien documentada en ella, mas que también hallamos en el poeta: no sólo en los sonetos «A la perspectiva» o «A la divina proporción» de *A la pintura*, sino desde los versos de *Marinero en tierra*: «¡El ritmo, mar, el ritmo, el verso, el verso!». En el invierno del 33 al 34, cuando ambos coincidieron en Berlín y se encontraban a menudo, esa filiación derivó en un pequeño juego poético. A Rosa Chacel le tentaba la posibilidad de meter en «la redondez de vaso sagrado» del soneto «las más informes, abruptas e incongruentes imágenes» propias del surrealismo. Y así nació su poemario *A la orilla de un pozo*, con un soneto dedicado a Rafael. En un café de la Kunstfürstendam escribieron al alimón otro de corte erótico desatinado a un amigo muy querido: «Un incauto burgués rinoceronte // sobre su triste sino meditaba», empieza.



Con Miguel Delibes, a Rosa parece unirle sólo el paisaje: ambos nacieron en Valladolid. En la obra de ella es sobre todo la ciudad o la capital la que tiene más cabida —el Campo Grande, el Pasaje Gutiérrez, el cine Pradera— y no tanto lo rural, aunque sí encontramos el paisaje de Castilla en la evocación autobiográfica de la infancia: las eras tórridas de un verano en Rodilana comiendo el trigo a puñados, las orillas del Adaja, la alameda y el vuelo del abejaruco. Lo que más une a Delibes y Chacel es sin duda una mirada indagadora sobre la realidad, que captan con fervor microscópico. Y la lengua en que la expresan, el uso incorruptible de un lenguaje que manejan con rigor y claridad, con la maravillosa flexibilidad que les ofrece, y también con toda su dureza y precisión. Juntos ya eternamente, los dos descansan en el Panteón de Vallesoleanos Ilustres del cementerio del Carmen. A. R. F.—Universidad de Barcelona.

Carlos Marzal / Brines en el tiempo

Esas entelequias que conocemos como «generaciones literarias» (y que tarde o temprano terminan por convertirse en realidades palpables, a fuerza de refutarlas, de defenderlas, de nombrarlas) viven en las páginas de las historias de la literatura; pero sobre todo en la conciencia del lector, que se hace de ellas una idea íntima, a la medida de su relación con la obra de los autores que constituyen dichas generaciones.

A las generaciones literarias —a los escritores que suelen figurar en su nómina— les debemos exigir que estén a la altura de la tradición en la que se inscriben, que no desmerezcan de la literatura que han recibido en herencia. En cierta medida, la tarea de un escritor consiste en no empañar el legado literario de su lengua materna.

Por lo que atañe a esa intimidad de lector a la que antes me refería, muchos de los poetas de la generación del 50 son maestros de una generación maestra, autores que han enriquecido el hondo legado de la poesía española.



SELECCIÓN
DE IMÁGENES
DEL SIGLO XX

Ángel González,
José Caballero Bonald y
Francisco Brines, 1999.

No estoy seguro de que el arte de la fotografía sea capaz de fijar del todo el carácter de los individuos, y mucho menos el carácter de una obra literaria. (A menudo, ni siquiera en una obra literaria puede cristalizarse del todo el carácter de su autor). La fotografía creo que atrapa sobre todo el tiempo como magnitud misma, la temporalidad, esa extraña y huidiza materia de la que parece que estemos hechos.

En esta fotografía no se resumen la obra y la persona de Francisco Brines, por supuesto, pero nos puede servir para aludir a ellas. Brines ha sido —junto con Ángel González y Pepe Caballero Bonald— uno de los autores más longevos, leídos y apreciados de su generación.

Aquí parece escuchar a alguien del público, permanecer atento a una pregunta que viene desde más allá del retrato. Con sencillez, con calma, con naturalidad, como ha hecho Paco toda la vida, respecto a la poesía y respecto a sus interlocutores. Su obra está hecha de precisión sin alardes retóricos, salida de la necesidad profunda de su propia experiencia humana, y llevada a cabo para explicarse a sí mismo esa experiencia y explicárnosla a los demás. Sus poemas están hechos de algo semejante a lo que destila esta foto: reflexión honda y serena exaltación de la vida. Paco escucha el mundo, escucha a los demás y se escucha a sí mismo: y de toda esa escucha nacen sus palabras.

La poesía de Brines constituye una paradoja que se resuelve con extrema facilidad en su propia naturaleza: se trata de una elegía que a la vez es un himno, un lamento que participa de la exaltación. Si estamos hechos de tiempo —eso parece—, no podía ser de otra manera, porque el tiempo nos predispone por igual a la alegría y a la desesperanza, a la tristeza y al júbilo.

En esta foto no están Francisco Brines y su poesía, pero tampoco dejan de estar, porque la fotografía y los poemas son sobre todo artilugios que hemos inventado para tratar de capturar el tiempo, lo que nunca se puede capturar.

Jordi Doce / La mano abierta

Los protagonistas de esta fotografía son dos grandes poetas mayores. Digo mayores y no ancianos, y digo bien. José Ángel Valente estaba a punto de

Miguel Delibes,
Rosa Chacel y Rafael
Alberti, 1991.